

Blanca Estela Treviño

Por las letras de Margo Glantz

Aline Pettersson

Hemos sido convocados por Blanca Estela Treviño para conversar acerca de su libro con el hermoso título *De la vida como metáfora a la vida como ensayo*. Treviño se ocupa de dos libros fundamentales en la obra de Margo Glantz: *Genealogías* y *El rastro*. Aquí me gustaría añadir que esta mesa es para mí una charla entre amigos, a la que sólo le hace falta una copita de vino, de preferencia tinto. A las tres personas aquí arriba, y a la que está allá abajo, las conozco desde hace muchos años y me parece que la primera pudo haber sido Margo, en Mascarones, de cuando ella tenía clases dos veces a la semana a las seis de la tarde, hora en que iba yo con mi madre a unas lecciones de sueco que, siendo yo niña, me parecían el colmo de la aburrición. Sin embargo, también recuerdo mi envidia al ver el alboroto de los muchachos en el que yo no podía participar. No fue hasta que asistí, mil años después, a un seminario que daba Margo sobre el *Boom* latinoamericano, cuando descubrí su entusiasmo contagioso, y fue entonces que comenzó nuestra amistad. También recuerdo a José Luis, echándome porras el día en que iba a encontrarme por primera vez con Josefina Vicens. A Dolores la conocí por esas mismas fechas, tomando sus espléndidas clases de Siglos de Oro, que tanto me dejaron en conocimiento y cariño. Y a Blanca Estela, cuyo libro nos ha reunido para celebrarlo, hace ya muchos años que es mi muy querida amiga; con ella he compartido lo bueno y lo malo.

En algún momento, Treviño menciona que Glantz hiló muy bien las anécdotas de *Genealogías*, y yo quiero enfatizar de qué manera Blanca deshiloó en *De la vida...* con gran finura, inteligencia y una extensa bibliografía revisada, las constantes de

dicha escritura, invitándonos a transitar por vericuetos en los que quizás antes no habíamos reparado: “Toda lectura es un viaje. Viajamos cuando leemos una novela, un cuento, una narración. El viaje que emprendemos en nombre de la imaginación [...] el que iniciamos cuando abrimos la primera página de un libro es el único que recompensa la partida. / Para el escritor escribir es viajar y viajar es leer y traducir: leerse en las diversas realidades del mundo y traducirlas a un lenguaje objetivo”.

Aquí no se trata para Margo Glantz de una metáfora; el viaje es, más bien, el ensayo continuo de su vida. Es curioso percatarse de qué manera la persona que empuña la pluma, o quien hoy pulsa las teclas, escribe en clave personal, aunque no se trate de la escritura del “yo”, en la que se adentra el libro *De la vida...*, pues Treviño evidencia cómo ambas obras envían señales, quizá no secretas, sino que pueden advertirse mejor si se conocen la idiosincrasia y obsesiones del autor. Subraya, por ejemplo, la presencia asidua de Dostoievski en ambos libros; pero a él lo leemos hoy con gran distancia temporal, impedidos de saber con cercanía sobre su “yo” más autobiográfico. Aunque Mishkin, de *El príncipe idiota*, recurrentemente evocado por Glantz, padece de la misma “extraña” enfermedad de su autor: la epilepsia que altera hasta el éxtasis la percepción del mundo en los instantes previos al ataque. Y no me cabe duda de que habrá otros incidentes en Dostoievski, en Glantz y en toda persona que escribe que forman parte de su vida real, se sepan estos o no.

Además de la moda, el cuerpo y sus accidentes, la música, el arte, Margo ofrece dos características que se reiteran; escribe Blanca Estela que la publicación en 1978

de *Las mil y una calorías* “liberó a Glantz del peso de la tradición literaria y de la ‘opinión establecida’ de que solo un escritor consagrado puede permitirse escribir fragmentos. Así asumió la escritura deshilvanada como un camino propio donde lo fragmentario y lo femenino eran motivos de asociación”.

Sor Juana, tan revisada por Margo, escribió: “Trágame a mí conmigo”, y así se lleva a sí misma la escritora en el otro punto nodal de su obra: “Concebida en términos generales como el acervo de lecturas de su autor, la intertextualidad como recurso en la conformación de la identidad del narrador es fundamental en la novela [*El rastro*] de Margo Glantz”.

Se suele decir que la persona es sus memorias, y no podría ser —creo yo— de otra manera; la memoria está detrás del pensamiento en cada uno de nosotros. Y en Glantz, su interés apasionado a lo largo de la vida, por lo creativo en sus diversos aspectos, con un cierto regusto por lo perverso, visto desde Bataille y otros. Apunta Blanca Estela: “las actividades académicas, de investigación y crítica literaria de Margo Glantz [...] han tenido un papel fundamental en el desarrollo de su faceta como escritora, ya que ha alimentado su creación literaria con el resultado de sus investigaciones”.

En cuanto a la novela *El rastro*, la presencia constante de variaciones, que remiten a las *Variaciones Goldberg* de Bach ejecutadas al piano por Glenn Gould, muestra cómo también las variaciones pueden darse en otras áreas del ingenio creador. Aquí se trata de Glantz yendo y viniendo por su escritura como por un teclado. Pero, de pronto, pienso en los *Nenúfares* de Monet variando con la luz.

No he comentado sobre otro aspecto en *Genealogías* que Treviño analiza con la misma meticulosidad de todo su trabajo: “episodios donde conviven lo judío y lo mexicano”, y menciona la conversión de Glantz al catolicismo en la niñez. No resisto evocar una muy lejana cena en mi casa; y, entre quienes asistieron, estaba mi queridísimo y recordado amigo José Antonio Alcaraz, que compartía con Margo la amplitud de mirada y oído. Habremos sido quizá diez personas, pero sólo me puedo acordar de nosotros tres, aunque acompañados del coro de carcajadas del resto que ya se me ha extraviado en la memoria. Margo contó de su conversión al catolicismo en la infancia, de su primera comunión un domingo y de su ida, como

todos los domingos, al cine con su familia. A la entrada, los Glantz les compraban a sus hijas alguna golosina: “Marguito —le preguntó la madre—, ¿por qué no pediste un muégano como siempre?”. “Porque tengo al Niño Jesús en el corazón y el ruido lo va a despertar”.

En *De la vida como metáfora a la vida como ensayo*, Blanca Treviño señala: “Debido a su entorno familiar y a las vivencias que experimentó, provenientes de dos culturas, Glantz se planteó desde muy joven el problema de la identidad (su identidad) [...] por la diferencia que determinaba su origen judío”.

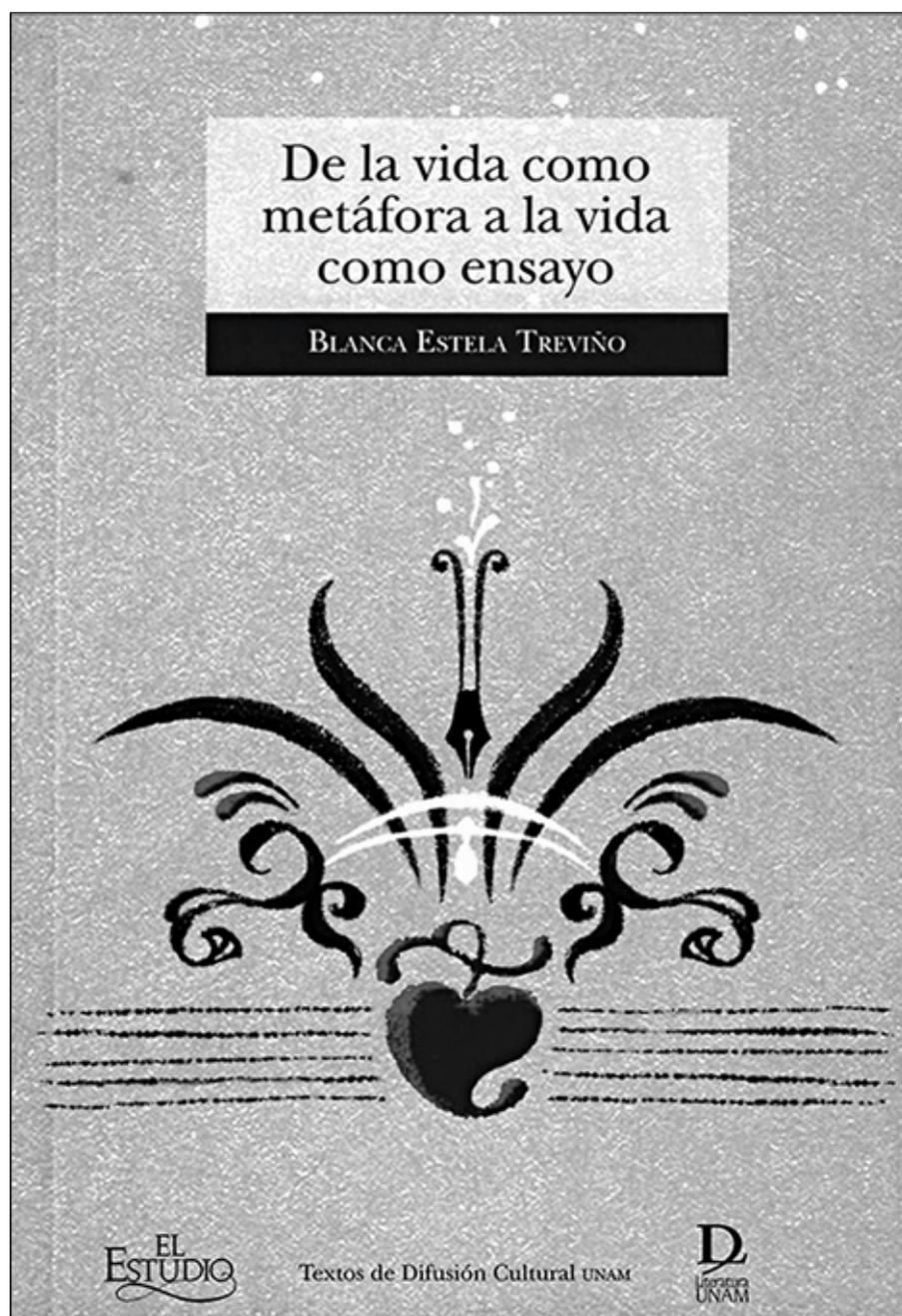
Y el corazón, no el que acunó en su niñez a Jesús, es uno de los temas y variaciones en *El rastro*, ya que por la muerte

de Juan, el ex marido de Nora García, esta se encamina al entierro en el pueblo donde habitaba el difunto. Y el corazón, causa de su muerte, es analizado desde las emociones, la fisiología y distintos tropos retóricos. El corazón, órgano en el que se depositó, desde tiempos inmemoriales, la inteligencia y fuerza vital completas, aunque sea sólo una bomba de sangre, ha sido tomado como símbolo de la vida y los sentimientos, desde la poesía erudita hasta el bolero más ramplón.

Treviño apunta que los recuerdos que acompañan a Nora García durante el trayecto en el que esta se enfrenta a emociones opuestas es lo que “forma y estructura la anécdota de la novela”. Y se discurre a través de las páginas de la ficción al ensayo y viceversa dentro de variaciones a la manera musical, calmosa y continua. Es decir, que el libro corresponde a los intereses de la autora misma, a su gran erudición, pero, asimismo, a su gusto por narrar.

Cito de nuevo a la doctora Blanca Estela Treviño en este difícil dilucidar entre la ficción y los elementos autobiográficos que conforman cualquier obra: “El yo autobiográfico en esta novela [*El rastro*] bien puede permanecer oculto para ciertos lectores, pero esto no impide que sea un elemento narrativo de suma importancia para una apreciación de la obra de Margo Glantz en su conjunto”.

Para mí comentar hoy este bien hilado libro de Blanca Treviño me llena de placer, “del placer del texto”, diría Barthes, que cuando conocí a Margo era uno de sus gigantes. Y me llena de placer porque no se recurre a un excesivo metalenguaje que vuelve la lectura sumamente difícil para un no iniciado. Se trata de una investigación profunda y seria que nos invita a acercarnos a la obra de Glantz con las herramientas que Blanca nos pone gozosamente en la mano. ¡Felicidades, Blanca, por tu libro! ¡Felicidades, Margo, por tu trayectoria! **U**



Texto leído en la presentación del libro *De la vida como metáfora a la vida como ensayo*, de Blanca Estela Treviño (Dirección de Literatura/UNAM, México, 2015), en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 6 de abril de 2016. También participaron Dolores Bravo y José Luis Ibáñez.